

La Biblioteca y El Archivo Nacional

Escribe: ROBERTO M. TISNES J. C.M.F.

En no pocas oportunidades me he referido por escrito al tema de nuestra Biblioteca y Archivo Nacional, en orden a recabar para ellos la mayor atención del Ministerio de Educación Nacional.

Desafortunadamente, una y otra institución vienen de años atrás olvidadas por las más altas autoridades culturales del país. Lo cual quiere decir en buen romance que no están cumpliendo la altísima misión cultural y patriótica que tienen señalada.

La Biblioteca Nacional no está al día ni en libros, ni en revistas, ni en canjes, ni en servicios. Podríamos decir que le falta todo: organización, servicios, libros, presupuesto, órgano de información. Bibliotecas de instituciones privadas prestan mejores servicios, desarrollan mejor labor. Tales, para no citar sino dos, la *Biblioteca Luis-Angel Arango de Bogotá* y la *Biblioteca Pública Piloto* de Medellín. Sé de directores nombrados que al comprobar la imposibilidad de actuar digna, cultural, patrióticamente en ella, se han retirado de su puesto. A la sección de canjes no llega un solo libro oficial. Con lo cual queda dicho todo, pues no se tienen presupuestos para nuevas adquisiciones y se carece de libros editados en prensas oficiales para canjes.

Triste es decirlo, pero mejor se hallaba muchos años atrás cuando prestaba un eficiente servicio y publicaba una revista muy sonada y apreciada en el país y fuera de él. ¿Tendrá que vivir nuestra *Biblioteca Nacional* de tan rancio abolengo cultural y patriótico, en la triste situación de cuasi-cenicienta de casi todas las bibliotecas oficiales del país? ¿Su antigüedad y representación y la nómina de sus antiguos ilustres directores no influirá para que las altas autoridades del Ministerio de Educación Nacional se interesen de una vez por todas por la máxima biblioteca bogotana y colombiana?

Ojalá el actual ministro de educación nacional —entendido como ninguno en achaques culturales gracias a su vinculación a la UNESCO— se llegara hasta ella y apreciara personalmente una situación que ya no admite más demora en orden a su pronta, radical y definitiva solución. Porque no puede suceder, no debería suceder al menos, que la Biblioteca Nacional de Colombia continúe vegetando ante la permanente e impasible mirada de los rectores de la cultura nacional.

* * *

Cuanto queda dicho de la *biblioteca*, se puede aplicar al Archivo Nacional.

De él afirmaba el doctor Carlos Cuervo Márquez hace más de 50 años, que era el más completo e importante de Sur América. Y así es en realidad, y continúa siéndolo, dada la significación y situación geográfica de la Nueva Granada durante la dominación española.

Desafortunadamente, de años atrás, resulta bastante inoperante. Con decir que hasta hace poco estudiantes de ingeniería o de derecho estaban encargados de él en calidad de subdirectores, creo que lo he expresado todo.

Podría afirmar que, como en la biblioteca, hace falta en él casi todo: presupuesto, catalogación, revista, ampliación de servicios, aprovechamiento debido y continuo del tesoro documental que en él existe y que, por lo visto, no hemos sabido ni vamos a saber aprovechar debidamente en pro de la historia de Colombia, precisamente en épocas y tiempos en que todo es falta de patriotismo, desconocimiento de la patria y de sus gestas, y lo que es peor, falsificación de su historia por obra y gracia de modernos picapiedras y sepultureros de los precursores y héroes colombianos.

Todo esto se debe a simple y llano desconocimiento del quehacer histórico de la nación, de sus hechos y sus glorias a lo largo de más de 150 años. Tan solo los pueblos que se conocen a sí mismos a través de su historia, pueden llegar a ser grandes, respetables, poderosos. Pretender una Colombia grande desconociendo y —peor todavía— falsificando su historia, es algo imposible y constituye la más grande utopía.

Pues bien: el pasado colombiano que hace grande a la patria y a sus mejores hijos, se halla en el Archivo Nacional. Este pasado histórico es el que hay que revivir de acuerdo con la verdad histórica que no oculta las fallas humanas de personajes e instituciones que nos dieron libertad e independencia. Y para su resurrección, es necesario acudir a esa mina documental que es nuestro archivo para que en él peritos y principiantes, aficionados y profesionales de la historia puedan hallar fácilmente, de manera asequible, cuantos materiales de trabajo necesitan para sus investigaciones en todo orden de cosas.

Carencia de documentos es carencia de historia, se ha repetido de tiempo atrás. Y más lamentable resulta que carezcamos de documentos sin tener motivo para ello, antes bien poseyéndolos en sumo grado, por la triste razón de que nuestros ricos archivos no prestan a los investigadores los elementos imprescindibles para la meritoria labor de rehacer la historia del pasado.

El Archivo Nacional de Colombia *carece de autonomía*, depende de la Biblioteca Nacional, lo cual no guarda relación ni con la dignidad e importancia del archivo ni con la de la biblioteca que debe regirse autónomamente pero sin intervenir en institutos que deben ser autónomos a su vez y con el debido presupuesto y atención oficial a fin de poder responder a las finalidades y necesidades de su institución.

Carece asimismo de órgano informativo, pues desde hace más de 10 años cesó la publicación de su revista, a través de la cual, su fundador y director el llorado doc-

tor Enrique Ortega Ricaurte, llevó a cabo una valiosa obra de divulgación documental.

Hace unos años el Banco de la República en su afán altruísta y patriótico, ofreció hacerse cargo del archivo para entregarlo después de algunos años en perfecto funcionamiento de acuerdo con la técnica y avances científicos. Parece que algunas disposiciones constitucionales —que pudieron y debieron en mi entender ser obviadas ya que el Banco de la República tiene mucho de oficial— impidieron que el magnífico y patriótico ofrecimiento fuese una realidad y salvase de una vez para siempre y pusiese a actuar el rico depósito documental que guarda nuestro archivo.

¿Cree el atento lector que dos instituciones culturales como la *biblioteca* y el *archivo* deban permanecer en el anquilosamiento en que se hallan de años atrás por obra y gracia de la incuria de los rectores de la cultura nacional que debieran ser sus más eficaces y poderosos impulsores?

Ojalá el actual ministro de educación nacional los visitara. Creo que sería —al menos por lo que al archivo se refiere— uno de los pocos, quizá el único de los ministros de educación que se hayan asomado por tan importantes dependencias culturales. Seguramente que sus actuales directores celebrarían alborozados su presencia en ellas.

J. Martolini ha podido escribir: “La elevación de la cultura es la única defensa contra el destino oscuro de la civilización del consumo; el único baluarte contra el conformismo de la máquina”.

Nada más verdadero. De ahí el vehemente deseo de los mandatarios de las naciones de incrementar esa cultura, que, en definitiva, es la que va a hacer grandes a los pueblos. Ejemplo aleccionador el del joven presidente Kennedy al tener junto a sí el día de la toma de posesión de la más alta magistratura del universo a un anciano y glorioso poeta estadounidense, y al rodearse de una generación joven egresada de la Universidad de Harvard.

El mismo Kennedy escribió: “Estoy firmemente convencido de que la literatura y las artes encarnan el verdadero espíritu creador de una sociedad libre”. Y justicieramente se gloriaba de que la venta de libros había ascendido en su patria a la cifra de mil millones de dólares, y de que sus compatriotas habían gastado más dinero en asistir a conciertos que en el juego de béisbol.

Afortunadamente para Colombia, también su actual primer magistrado ha dado muestras de su preocupación por estos quehaceres del espíritu. Valga como prueba la reciente condecoración de la Orden de Boyacá, en el grado de comendador, otorgada al clavicembalista colombiano de fama mundial Rafael Puyana.

* * *

No he pretendido en las anteriores líneas hacer un documentado estudio estadístico de la Biblioteca y Archivo Nacional. Los datos a ellos referentes seguramente son pasados anualmente al señor ministro de Educación. Y bueno fuera que todos los colombianos los conocieran. Mi inten-

ción ha sido más sencilla, más ingenua y más confiada: despertar el interés de los rectores de la cultura colombiana en lo que concierne a dos de sus más fundamentales manifestaciones.

Todos los colombianos están anhelantes de una transformación política y cultural, trascendentales una y otra, quizá más la segunda, como que es o viene a ser en gran parte al menos, la base insustituible de esa necesarísima y anheladísima transformación política.

El doctor Carlos Lleras tiene en sus colaboradores y de manera especial en el ministro de educación, a los ejecutores de esa si se quiere paulatina pero segura transformación cultural de Colombia. Todo el país la espera y confía que el anterior subdirector de la UNESCO la realice en su patria, y la lleve a cabo en plazo más o menos rápido para bien de todos y lustre de quienes, finalmente, propiciaron esa benéfica, anhelada y necesaria transformación nacional.